

## EL PENSAMIENTO MÉDICO DE RAMON LLULL EN LA ÉPOCA DE MIRAMAR

Para poder acercarnos al pensamiento médico de Ramon Llull en la época de Miramar debemos estudiar, atentamente, su biografía. Y la obra escrita por el Maestro hasta aquel momento. Y meditar, también, sobre los condicionamientos sociales, religiosos y filosóficos de su entorno vital.



La Medicina, en la Baja Edad Media, era una rama más de la Filosofía, pero con características muy diferenciadas. Era un pensar práctico que se enseñaba siguiendo, al pie de la letra, los escritos de Galeno y de Hipócrates; los textos de Aristóteles, de Avicena, de Rhazes. Y diversas versiones árabes.

Fue el arabismo el gran catalizador de la cultura medieval. Y, lógicamente, la sugestiva espiritualidad musulmana, profética, ascendente, neoplatónica en sus técnicas sufíes, inspiró y dio forma a los escritos médicos de Llull.

La doctrina sufí que propagaban unos hombres “vestidos de lana” que creían en la bondad de la vida, era una “doctrina secreta” que impregnó el pensamiento medieval. Su profeta máximo fue un árabe español, nacido en Murcia, Ibn el-Arabi, que hablaba así, en el siglo XII:

“Mi religión es el Amor,  
unas veces me llaman  
pastor de gacelas (sabiduría divina),  
otras monje cristiano  
o sabio persa”.

La doctrina sufí aceptaba cualquier religión, vegetaba en cualquier árbol, como el muérdago. Preconizaba el amor entre los hombres, sin detenerse en analizar sus credos religiosos.

Sobre la noble urdimbre del pensamiento sufí los poetas de todas las épocas tejieron bellísimos poemas con un lenguaje místico, esotérico, oriental; el *Cantar de los Cantares*, *Las Mil y una noches*; el *Libre d'Amic e Amat*, de Ramon Llull.

Avarroes fue, sin disputa, sufí. Y también nuestro Ramon, iniciado, a buen seguro, en la ascética masonería de la mano de aquel enigmático esclavo moro que le enseñó, durante nueve años, la lengua arábiga y que tan mal fin tuvo, pese a sus desvelos pedagógicos.

• • •

Ramon Llull, conecedor de Hipócrates, por ser visitante asiduo de la Universidad de Montpellier, basa su pensamiento médico en el principio de la analogía, de la correspondencia del hombre con el cosmos. La enfermedad surge por una desarmonía en la unidad del hombre, por un mal funcionamiento de la psiquis o del cuerpo.

La salud sería una "simpatía universal" que se altera cuando los humores varían en su justa proporción y sobreviene la "crisis" o enfermedad. Crisis que no surge de súbito, sino lenta, acumulativamente, "antes de manifestarse por sus efectos". La armonía fisiológica, sin embargo, lucha contra esta distorsión de sus constantes, intenta eliminar los efectos nocivos retenidos y sumados. Ramon Llull, hipocrático y sufí, piensa que la enfermedad es una crisis de purificación que debemos favorecer y no combatir; *natura medicatrix*. Hay que dejar que actúe la naturaleza, ayudarla sólo en lo preciso.

"El arte del médico consiste en seguir la naturaleza, no en hacer una nueva".

Las ideas médicas de Llull las encontramos dispersas en sus libros.

Es harto sabido que Ramon escribió muchísimo y sobre toda suerte de temas y dictó reglas de enseñanza que todavía nos asombran hoy por su clarividencia. Y, claro está, discurrió acerca de las "artes liberales". (*Ars* significa regla, teoría. *Liberal* deriva de libre, no de libro). Artes, pues, pensadas sin fines lucrativos, para hombres libres. Que estudiaban en las escuelas, como un *orden legendi*. Porque en el siglo XIII aparece el nuevo *ordo docendi et discendi*, integrados ya en la *Universitas, magistrorum et discipulorum*. La treceava centuria, en la que vivió Llull, nacido hacia 1232, la mayor parte de su existencia, fue "el siglo de la Universidad".

Ramon perfeccionaría, años después, sus conocimientos sobre el aristotelismo, en París; un aristotelismo averroista, inspirado en las explicaciones de Siger de Brabant. Y aunque escribió contra estas teorías, en sorprendente coincidencia con una acotación de Lucas de Tuy, y las fustigó de continuo, la influencia árabe en Ramon, su sentir aristotélico, es siempre fortísimo, no lo puede disimular, como se revela en su concepción del valor y significado de los elementos, la posición del hombre (un microcosmos en el universo); y su fecunda hipótesis sobre la teología de las dignidades, por ejemplo, y sus ideas acerca de la política, la poesía y el poder de la razón, que le llevarán a estructurar las *razones necesarias*.

Ibn Sab'in, el maestro sufí, tuvo una influencia indiscutible sobre el proyecto existencial de la orden franciscana. Los sufíes fueron, obvio es el decirlo, muy anteriores a Francisco de Asís.

Los sufíes no tenían morada fija, vestían un tosco sayal y un ceñidor, iban descalzos por los caminos (sí acaso calzados con sandalias). Vivían en la más extremada pobreza, predicaban su saber en verso o en vulgar. Así el pueblo retenía mejor sus trascendentales enseñanzas. Las analogías con el esquema de conducta de Ramon Llull, son, en verdad, sobrecogedoras.

• • •

La filosofía aristotélica dio un nuevo sentido y valor a las ciencias de experimentación, descuidadas entre los cristianos y conocidas sólo por judíos y musulmanes. La Medicina, la Cirugía, junto con las Ciencias del *Quadrivium* adquirieron prestigio gracias a Aristóteles. El Maestro Ramon fue un cultor extático de todas ellas, como se revela, por ejemplo, en el *Ars Magna*.

A la Medicina la llamó Marciano Capella, en el siglo V, en su famoso *Tratado de las siete Artes liberales*, "la doncella dormida". Necia muchacha que no quiso asistir, perezosa, a la boda de la cultísima Filología con Mercurio, mas que despertó, al fin, sobresaltada, por las voces de otro español eximio, San Isidoro de Sevilla, quien en su libro *Etymologiae* o libro de los *Orígenes* reivindica la ciencia de curar y la eleva al rango de *magistralis*, ya que aúna y abarca todas las teorías particulares. Las ciencias del *Trivium* y del *Quadrivium* son esquemas de un saber enciclopédico. La Medicina realiza este saber con sangre, con dolor, con angustia, luchando contra su eterna enemiga, la Muerte.

La Medicina, despierta, pues, ya en el siglo XIII, con pleno derecho, pudo ser, no sólo la hermana de la Filosofía, *soror philosophiae*, como escribiera Tertuliano, sino la segunda Filosofía, la que cuida el cuerpo, así como la clásica se ocupa del alma.

Ramon Llull, por filósofo y como tal enamorado de la vida y de los hombres, fue un médico conspicuo. En sus libros habla, con pasión, de nuestro arte de sanar. Siempre en la referida forma dual, binaria, típica del siglo XIII, mencionando al individuo y al cosmos, cual corresponde a un pensamiento hipocrático, aristotélico y sufí.

Creía el Maestro, al igual que Hipócrates, que el cuerpo humano estaba compuesto por cuatro elementos; cólera (*foch*), sangre (*aire*), flema (*aigua*) y melancolía (*terra*).

El alma, a su vez, constaría de cinco potencias; vegetativa, sensitiva, imaginativa, motriz y racional. Defiende, además, Llull, la existencia de un sexto sentido, que denomina *Affatus*, "aquella potencia por la cual el hombre manifiesta su concepción".

Las doctrinas médicas de Ramon, en el momento de la fundación de Miramar, en 1276, resultan, pues, debemos confesarlo, poco originales y, tal vez, demasiado abstractas. Cabalísticas en ocasiones, ya que tienen tendencia a resolver pitagóricamente, mediante símbolos y esquemas matemáticos y geométricos (círculos, triángulos, cuadrados), sin duda aprendidos también en los textos árabes de Montpellier, el intrincado problema del diagnóstico y la terapéutica de las enfermedades.

Ramon Llull, en 1276, es un hombre maduro, de 44 años, que dista catorce de su conversión moral. Ha viajado por España y Francia. Estudió largos años el árabe; estuvo, como alumno y maestro, en la Universidad de Montpellier. Piensa que el médico debe conocer a fondo el temperamento de cada paciente, individualizadamente. Cuenta el enfermo, *no* la enfermedad, aunque deban estudiarse la fiebre, la toxicidad de las drogas y otros principios de la ciencia médica. Que tiene mucho de ciencia natural, de *physica*, de quehacer práctico.

Llull fue un hombre que vivió entre los hombres, con el pueblo, y supo de sus miserias, e intentó remediarlas acercándose al conocimiento empírico de los galenos de su tiempo. Presentía, sin saberlo, una época nueva en el acontecer de occidente; el Renacimiento y el mundo moderno, que se apoyarán sobre las ciencias de las experiencias y el papel del pueblo como protagonista de la historia.

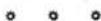
No sentía, sin embargo, gran simpatía Ramon Llull por los médicos. Decía que "engañaban de todas maneras", alargando las enfermedades,

ordenando jarabes, lavatorios y “otras cosas” inútiles, para tener buenas ganancias de los especieros y boticarios. Creía que el médico jamás debe explotar al paciente. (Los médicos sufíes sólo cobran a sus clientes “un puñado de cebada”).

Llegó a escribir Ramon que la cura que hacen los médicos “es más peligrosa que segura” y “mueren más hombres por los médicos que no curan”.

Pretendía Ramon que los médicos poseyeran un saber teórico, dominio de la técnica y capacidad de influir sobre el alma. Cualidad, esta última, también muy sufí, ya que los físicos de esta doctrina curaban por el hipnotismo, con la mirada, y con la imposición de sus manos sobre el enfermo.

Sabía, asimismo el Beato del valor de la *diaetetica* (*la regula vitae*), y de la *pharmaceutica* (*la regula medicaminum*), aunque su espíritu filosófico tendiera, de continuo, a buscar normas generales y principios matemáticos, astrológicos, rituales, que gustaba de aplicar a toda cuerte de ciencias.



Durante el período de Miramar la actividad literaria de Ramon Llull fue increíblemente intensa. Mencionaré algunas obras en las que se encuentran, directa o indirectamente, noticias médicas: el *Ars Demonstrativa*, la *Doctrina pueril*, el *Libre de Contemplació*, el *Liber principiorum medicinae*, el *Ars compendiosa medicinae*, *De regionibus sanitatis et infirmitatis*. *De los comensements et graus de medicina*.

Al Doctor Iluminado le atribuyen, incluso todavía hoy, renombrados historiadores nacionales y extranjeros, unas decididas aficiones por la alquimia. Algunos llegan a presentar al sabio mallorquín como a un nigromántico, preparando filtros extraños en una botica poblada de murciélagos.

Roger Bacon y Arnau de Vilanova sí fueron alquimistas. Y pudo muy bien Ramon Llull, contemporáneo suyo, caer en la tentación de practicar tales quehaceres. La alquimia tenía gran arraigo en su época, como lo había tenido siempre, desde lejanos tiempos. Los “hijos de Hermes” aunaban la ciencia experimental al sistema filosófico: pretendían más un ideal que una búsqueda química. Ansiaban lograr una personalidad plena, completa, feliz, el oro espiritual, el *lapis*, la *ipseidad*, el sí mismo, simbolizada en el mandala, representación pitagórica, místico-

mágica, con círculos, triángulos, cuadrados, en una relación equilibrada entre el centro y la periferia, que aparece en alguna obra de Llull.

En este alto sentido sí fue un alquimista Ramon. Pero no en el otro, el de fabricar, manualmente, una sustancia sólida, "la piedra filosofal", para poder convertir los metales vulgares en oro y obtener una sustancia líquida, "el elixir de larga vida", capaz de prolongar, indefinidamente, la efímera juventud. Empeños iniciados, que sepamos, en el siglo I y que culminaron en los experimentos, del siglo VII, del árabe Khalid ibn Yazid, y los de Gébert, de la octava centuria. Fundamentos remotos, todos ellos, de la química actual.

Reyes, sabios, monjes, humanistas, se interesaron por la alquimia. Si el hermético Ramon Llull no se decidió por tales menesteres, como demostró Luanco, fue, sencillamente, porque sus absorbentes preocupaciones existenciales fueron especulativas, filosóficas, poco experimentales. Ramon Llull nunca estuvo en el convento de Santa Catalina, en Londres, vistiendo el hábito de los dominicos y haciendo alquimia de laboratorio, como pretende un pasaje, sin duda interpolado, de la *Vida Coetànea*. Ni descubrió el ácido nítrico, ni un elixir de efectos médicos milagrosos.

Era otro el talante existencial de Ramon Llull, autor del *Blanquerna*, espíritu inquieto que oscilaba, ambivalente (deprimido y exaltado), entre el más místico y sedentario pensar filosófico y una desazonada actividad andariega.

Ramon poseía la verdadera piedra filosofal: el oro del amor al prójimo. Y el elixir de la larga vida bullía en su sangre, convencido como estaba de la inmortalidad del alma. ¿Para qué buscar nada material en este mundo?

• • •

Sólo así, a partir de estas premisas (en las que se superpone al panorama de un contexto histórico de iniciales afanes universitarios la silueta apologética, cristiana, sufí, del más popular filósofo del medioevo), podremos acercarnos al pensamiento médico de Ramon Llull por aquellos ilusionados años en que fundara el monasterio franciscano de lengua arábica de Miramar.

JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ TEJERINA